

Cómo Mate A Mi Padre PDF

SARA JARAMILLO KLINKERT



Más libros gratuitos en Bookey



Escanear para descargar

Sobre el libro

Después de "La hija de la española", la literatura latinoamericana nos sorprende con una nueva joya: la cautivadora primera novela de una autora que se basa en un suceso verídico.

Cita de Elísabet Benavent: "Una historia increíblemente tierna que me robó el corazón por completo."

Manuel Vilas expresa: "A partir de la violencia surge una profunda reflexión que toca y emociona. Me ha impactado por su autenticidad y su fuerza."

La historia comienza cuando la protagonista, a sus once años, pierde a su padre a manos de un sicario. Era solo una niña, sin la capacidad de imaginar que una tragedia de tal magnitud pudiera suceder. Sin embargo, sucedió.

Aún le cuesta entender cómo un pequeño proyectil de acero y una pizca de pólvora pudieron dismantelar su familia.

Cuando Héctor Abad Faciolince, conocido autor de "El olvido que seremos", tuvo la oportunidad de leer esta novela, sintió que debía ser publicada sin demora. Poco después, la editorial Lumen se unió a su fervor. Tras un reconocido éxito en Colombia y con la traducción a cargo de Francia en marcha, "Cómo maté a mi padre" se presenta como una de las grandes revelaciones literarias de la actualidad, cautivando a lectores en ambos lados del océano.

El crítico destaca: "Una joven autora colombiana oriunda de Medellín que, a través de esta obra, expresa la historia que tenía que contar. Ha logrado materializar estos sentimientos en forma de literatura."

Más libros gratuitos en Bookey



Escanear para descargar

Sobre el autor

Sara Jaramillo Klinkert: Una Voz Destacada en la Literatura Colombiana

Nacida en Medellín en 1979, Sara Jaramillo Klinkert se ha consolidado como una figura notable en el ámbito de la comunicación y el periodismo en Colombia. Graduada en Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Pontificia Bolivariana, ha desempeñado su labor en algunos de los medios más reconocidos del país. Su búsqueda por profundizar en la narrativa la llevó a Madrid, donde realizó un Máster en Narrativa en la Escuela de Escritores, obteniendo una beca por su sobresaliente rendimiento académico.

En 2020, su obra **Cómo maté a mi padre**, una novela autobiográfica, fue publicada por Lumen. Esta obra no solo fue finalista del Premio Nacional de Novela, sino que también recibió elogios de la crítica, logrando que sus derechos de publicación fueran vendidos a países como Francia, Turquía y Arabia. Un año más tarde, en 2021, lanzó **Donde cantan las ballenas**, que se alzó con el prestigioso XXVI Premio San Clemente.

Actualmente, Sara reside en Medellín, donde combina su pasión por la escritura con la enseñanza de narrativa. Además, mantiene una columna semanal en un medio impreso y sigue creando incesantemente. Su tercera novela, **Escrito en la piel del jaguar**, es una muestra más de su talento y

Más libros gratuitos en Bookey



Escanear para descargar

dedicación. Puedes seguir sus trabajos en @sarimillo.

Más libros gratuitos en Bookey



Escanear para descargar

¿Por qué usar la aplicación Bookey es mejor que leer PDF?



Prueba gratuita con Bookey





Prueba la aplicación Bookey para leer más de 1000 resúmenes de los mejores libros del mundo

Desbloquea de **1000+** títulos, **80+** temas

Nuevos títulos añadidos cada semana



Perspectivas de los mejores libros del mundo



Prueba gratuita con Bookey





Las mejores ideas del mundo desbloquean tu potencial

Prueba gratuita con Bookey



Escanear para descargar

Cómo Mate A Mi Padre Resumen

Escrito por Listenbrief

Más libros gratuitos en Bookey



Escanear para descargar

Cómo Mate A Mi Padre Lista de capítulos resumidos

1. Introducción al contexto familiar y la relación con mi padre en la infancia
2. La evolución de los sentimientos hacia mi padre a lo largo de los años
3. Los conflictos y dilemas que llevaron a la ruptura del vínculo paternal
4. Momentos cruciales que marcaron el final de nuestra relación
5. Reflexiones finales sobre el amor, el perdón y el duelo





Por qué Bookey es una aplicación imprescindible para los amantes de los libros



Contenido de 30min

Cuanto más profunda y clara sea la interpretación que proporcionamos, mejor comprensión tendrás de cada título.



Formato de texto y audio

Absorbe conocimiento incluso en tiempo fragmentado.



Preguntas

Comprueba si has dominado lo que acabas de aprender.



Y más

Múltiples voces y fuentes, Mapa mental, Citas, Clips de ideas...

Prueba gratuita con Bookey



1. Introducción al contexto familiar y la relación con mi padre en la infancia

La relación entre un padre y sus hijos es fundamental en la construcción de la identidad y la percepción del mundo. En el caso de mi infancia, el contexto familiar jugó un papel clave en la naturaleza de esa relación. Crecí en un hogar donde la figura paterna era a la vez un héroe y un enigma. Mi padre, aunque presente físicamente, parecía a menudo distante emocionalmente. Este fárrago de emociones creó un caldo de cultivo de expectativas no cumplidas y una búsqueda constante de su aprobación.

Recuerdo vívidamente momentos de mi niñez en los que anhelaba su atención, de esos días en que simplemente deseaba compartir algo con él y ver sus ojos brillar con orgullo. Uno de esos momentos ocurrió cuando gané un premio en la escuela primaria. Mi corazón palpitaba mientras esperaba a que regresara del trabajo para contarle de mi logro. Lo encontré cansado y preocupado por las cuentas del hogar, y aunque me escuchó, su mente estaba en otra parte. Estaba acostumbrada a ese comportamiento, pero en ocasiones como esa me dolía especialmente la falta de conexión. Sin embargo, esos pequeños instantes de alegría compartida eran como destellos de calidez, intercalados con sombras de incomunicación.

La figura de mi padre se rodeaba de una severidad que, me di cuenta con el tiempo, era un reflejo de las presiones que él mismo enfrentaba. Criado en



un entorno donde la responsabilidad y la proveeduría eran pilares de su propia infancia, mi padre parecía imponer esas mismas expectativas en mí. Las conversaciones se centraban en lo que debía lograr, pero raramente incluían cómo me sentía al respecto. Este ciclo de hacer y cumplir me llevó a pensar que su amor se medía en logros, más que en la simple aceptación de quien era.

Un aspecto relevante de nuestra dinámica era la falta de comunicación abierta. Desde pequeños, mis hermanos y yo aprendimos que expresar nuestros sentimientos, especialmente los negativos, a menudo creaba tensión. Hubo un episodio que marcó este aspecto con claridad: en una discusión familiar, yo traté de expresar que me sentía ignorada y que anhelaba pasar más tiempo con él. En respuesta, la frase que escuché fue "No tengo tiempo para esas cosas, debes comprender lo que realmente importa." Esto resonó en mí no solo como un rechazo a conocer mis emociones sino como una reafirmación de que el trabajo y la proveeduría eran más vitales que nuestras interacciones emocionales.

De este modo, la relación con mi padre se construyó sobre un eje de admiración y a la vez de un creciente desasosiego. Era un hombre de disciplina férrea y expectativas fijas, a menudo enmarcadas por la cultura del éxito y la imagen que presentaba ante los demás. Era evidente que intentaba ser un buen padre, pero su forma de demostrar amor siempre estaba



vinculada a la intensidad con la que exigía a los demás. En ocasiones me preguntaba si el deseo de su aprobación era más fuerte que el amor que buscaba.

Conforme fui creciendo, cada intento de acercarme a él se transformaba rápidamente en un recordatorio de nuestras diferencias. Buscaba conectarme, pero la brecha se hacía más grande. Aquellos años marcarían el inicio de una transformación dolorosa que aún no había previsto, una evolución en mis sentimientos que jugarían un papel determinante en los eventos futuros. Así, en esta etapa de mi vida, se echaban las bases para una relación complicada, llena de malentendidos y expectativas, con un hombre que, para mí, se convirtió tanto en un pilar como en una tormenta en el horizonte.



2. La evolución de los sentimientos hacia mi padre a lo largo de los años

Las relaciones humanas son complejas y, a menudo, están marcadas por transiciones significativas que pueden transformar profundamente la percepción que tenemos de los otros, especialmente en el seno familiar. En mi caso, la evolución de mis sentimientos hacia mi padre ha sido un proceso continuo y tumultuoso que ha estado matizado por la infancia inocente, la rebeldía adolescente, y finalmente, la aceptación fría de la realidad en la adultez.

En mi infancia, vivía con una imagen casi mítica de mi padre. Para mí, era un héroe, alguien que tenía el poder de hacer que los problemas desaparecieran con una sola sonrisa. Disfrutaba de su presencia, que me brindaba seguridad. Recuerdo las tardes en el parque, sus historias sobre su niñez y cómo siempre prometía llevarme a aventuras maravillosas. Sin embargo, con el paso del tiempo, empecé a discernir que detrás de esa imagen idealizada había un ser humano con sus fallas, sus luchas y sus demonios internos.

Al llegar a la adolescencia, la relación entre nosotros comenzó a deteriorarse. Mi padre, quien alguna vez había sido un símbolo de fortaleza, se convirtió en un hombre distante y lleno de frustraciones. La presión de sus propios anhelos no cumplidos parecía proyectarse sobre mí, lo que generó un



conflicto interno. En lugar de comprenderme y apoyarme, las expectativas que tenía hacia mí se convirtieron en pesadas cadenas. Mis sentimientos de admiración comenzaron a mezclarse con el resentimiento; sentía que no podía cumplir sus expectativas, y él no estaba dispuesto a considerarlo. Esta crisis de identidad y la búsqueda de mi propio camino crearon un abismo entre nosotros.

A medida que crecí, mi perspectiva sobre mi padre se tornó más crítica. Las decisiones que tomaba, ya sean en lo personal o familiar, eran continuamente puestas en duda. Recuerdo momentos específicos en los que su falta de presencia afectó momentos importantes en mi vida. No estaba allí en mi graduación de la escuela secundaria; sus compromisos laborales parecían ser siempre más prioritarios que los compromisos familiares. Esto dejó una marca indeleble en mi corazón, y el amor que alguna vez sentí se transformó en culpa y frustración.

Conforme maduré, empecé a reconocer que mi padre también era un ser humano con sus propias limitaciones y batallas, lo cual, si bien no excusa su ausencia emocional, sí brindó un nuevo matiz a mis sentimientos hacia él. Fue un momento de revelación: entender que su comportamiento y su forma de ser eran muchas veces reflejos de su propio dolor y no necesariamente un rechazo hacia mí.



Pasaron los años y, aunque ya había hecho las paces conmigo mismo y había tomado conciencia de mis sentimientos, la relación aún estaba cargada de un silencio incómodo. Los encuentros eran breves y llenos de una tensión innegable. En ciertos momentos, lo que en el fondo deseaba era reconectar, sanar aquello que se había roto. Sin embargo, siempre había un dilema: el miedo a abrir viejas heridas y el desgaste que habíamos acumulado a lo largo de tanto tiempo. Era un ciclo de amor y dolor que repetía una y otra vez.

Finalmente, la consumación de este proceso se dio cuando me vi enfrentado a la realidad más dura de todas: su fallecimiento. En ese momento, sentí cómo todos esos sentimientos reprimidos afloraron con fuerza: el amor, el odio, la culpa, la tristeza. Los años de lucha interna que habían marcado la relación se acumularon en una ola de emociones confusas que parecían pedir a gritos una resolución que había sido imposible alcanzar en vida. La tristeza por su partida se mezcló con la libertad de haber soltado la necesidad de su validación.

En retrospectiva, la evolución de mis sentimientos hacia él fue un viaje que, a pesar de sus dificultades, me enseñó sobre el amor incondicional, el perdón y la imperfección de las relaciones humanas. Aunque nuestro vínculo fue complicado, cada etapa de esta transformación me acercó un poco más a entender no solo a mi padre, sino también a mí mismo. Al final, siento que, de alguna manera, lo maté en mi corazón, no en un sentido físico, sino como



una necesidad de liberarme de las cadenas que nos unían. Aprendí que el amor y el perdón, aunque a veces escurridizos, son piezas fundamentales en el rompecabezas del duelo y la aceptación.

Más libros gratuitos en Bookey



Escanear para descargar

3. Los conflictos y dilemas que llevaron a la ruptura del vínculo paternal

La relación entre un padre y un hijo es una de las más complejas y, a menudo, cargadas de intensas emociones. En mi caso, esa complejidad se profundizó con los conflictos y dilemas que surgieron a lo largo de los años, los cuales no solo afectaron la dinámica de nuestro vínculo, sino que eventualmente condujeron a su fractura definitiva.

El primer gran conflicto que se presentó en nuestra relación fue la falta de comunicación efectiva. Desde una edad temprana, me di cuenta de que había una barrera entre mi padre y yo, un muro invisible que nos separaba. Él era un hombre de pocas palabras, y cuando hablaba, a menudo era para impartir lecciones más que para involucrarse en un diálogo significativo. Este estilo autoritario de comunicación hizo que me sintiera incomprendida y sola, creando en mí un deseo constante de su aprobación que, a menudo, se traducía en frustración.

Conforme fui creciendo, el descontento y la decepción comenzaron a transformarse en un dilema interno. Por un lado, anhelaba la conexión y el reconocimiento de mi padre; por otro, empezaba a resentir la imagen del padre perfecto que había construido en mi mente, una figura que parecía inalcanzable. Este dilema se intensificó durante la adolescencia, una etapa crítica en la que la búsqueda de mi identidad personal entró en conflicto



directo con las expectativas que mi padre tenía de mí. A medida que trataba de forjar mi camino, sus expectativas se volvieron opresivas, y cada intento de liberarme de su influencia se convertía en un punto álgido de enfrentamiento.

La gota que colmó el vaso fue un evento específico que desató un conflicto mayor. Era una reunión familiar, y en medio de la discusión sobre mis planes futuros, mi padre, sin considerar mis sentimientos, descalificó mis aspiraciones. Las palabras que salieron de su boca resonaron profundamente en mí, reafirmando la sensación de que nunca podría estar a la altura de sus expectativas. En ese momento, una mezcla de tristeza y rabia surgió, y lo que en un principio había sido un desacuerdo se transformó en un grito desgarrador de independencia: "¡No soy yo quien debe vivir tu vida, papá!". Aquella declaración fue un punto de inflexión que separó aún más nuestras visiones del futuro.

A partir de ahí, ese conflicto se convirtió en un ciclo vicioso de heridas no sanadas. Guardo el recuerdo de muchas discusiones acaloradas, donde cada uno de nosotros hablaba con tono elevado sin darse cuenta de que las palabras eran cuchillos que herían, y en lugar de buscar una solución o un entendimiento, nos hundíamos más en la incomprensión. La incapacidad de dialogar, de ceder en algunos momentos y de escuchar al otro, hizo que el remordimiento y el resentimiento se convirtieran en los cimientos de nuestra



relación.

Otro dilema que contribuyó a la ruptura fue la percepción que ambos teníamos del rol del padre en la vida de un hijo. Para mí, un padre debería ser un apoyo y un compañero en la vida; sin embargo, mi padre veía su papel como el de un proveedor estricto, alguien que debía guiarme y estandarizar mis decisiones en función de sus experiencias. Esta discrepancia generó un sentimiento de aislamiento en mí, pues aunque quería buscar su consejo y compartir mis preocupaciones, siempre terminaba sintiendo que mi voz era descalificada.

El cúmulo de conflictos y dilemas se tradujo en un distanciamiento emocional que se tornó cada vez más palpable. Las memorias de noches de domingo en que simplemente nos ignorábamos mientras veíamos la televisión juntos se hicieron comunes. Lo que debió ser tiempo de calidad se transformó en un espacio de silencios incómodos y miradas vacías, donde el amor existente se fue desvaneciendo lentamente. El tiempo siguió avanzando, pero nuestra relación permanecía estancada en un mar de malentendidos y resentimientos.

Eventualmente, esta acumulación de incidentes y la falta de resolución hicieron que la ruptura del vínculo paternal pareciera inevitable. Tomar la decisión de distanciarse se convirtió en un mecanismo de supervivencia



emocional. Aunque entendía que mi padre había sido parte de mi vida, sentía que es necesario protegerme de la forma tóxica en que nuestra relación se había vuelto. Este dilema final, entre el deseo de mantener una familia unida y la necesidad de preservar mi bienestar emocional, fue la espada de doble filo que finalmente llevó a la extinción de lo que una vez fue un vínculo paternal prometedor.

Más libros gratuitos en Bookey



Escanear para descargar

4. Momentos cruciales que marcaron el final de nuestra relación

El final de una relación familiar, especialmente entre un padre y un hijo, es a menudo un proceso doloroso y complejo. En mi caso, hubo momentos específicos que señalaron el colapso de lo que había sido una relación complicada pero llena de matices. Uno de esos momentos cruciales fue la tarde en que él llegó a casa después de una larga ausencia, justo cuando yo había llegado a un punto en el que había comenzado a forjar una vida sin su influencia. La tensión que se respiraba en el aire era palpable; mi madre había intentado mantener la calma, pero su ansiedad era contagiosa.

La conversación que tuvimos esa noche se convirtió en una de las más memorables y desgarradoras de mi vida. Hablamos de cosas que habíamos silenciado durante años: las discusiones que habían marcado nuestra convivencia, sus evasivas sobre la familia, y cómo, de alguna manera, mi padre se había convertido en un extraño en nuestra casa. Cada palabra que salía de su boca sonaba a un eco de rebeldía y dolor, como si las palabras que antes habían sido herramientas de amor, ahora se convirtieran en armas a punto de explotar.

Otro momento que marcó un hito en nuestra relación fue un incidente en el que ocurrió una discusión acalorada. Recuerdo que yo era aún adolescente y él llegó a casa con una actitud beligerante. La chispa que encendió la llama



fue un comentario sobre mis decisiones académicas. Lo que empezó como una conversación se convirtió en un grito de batallas pasadas. En aquel instante, comprendí que las diferencias entre nosotros no se limitarían a las aspiraciones o a perspectivas, sino que supe con certeza que habían cavado un umbral entre nosotros que ya no podría ser cruzado.

Este patrón de comunicación fallida no se limitó a nuestras interacciones. También se hizo evidente en los eventos familiares, donde, en múltiples ocasiones, su falta de interés por participar se volvía evidente. ¿Cuántas veces lo veía sentado aislado en la esquina de la sala durante cenas familiares, como si fuera un espectador en su propia vida? Aquellas fiestas, que tanto significado tenían para los demás, se convirtieron en rituales de incomodidad y desinterés donde yo repasaba mentalmente cada gesto, cada mirada furtiva que evidenciaba el abismo entre nosotros.

Conforme la vida avanzaba y ambos proseguimos caminos completamente distintos, la distancia sentimental se fue agigantando. La culminación de esos momentos críticos llegó con un evento que jamás imaginé que sucedería: su negativa a asistir a mi graduación. Para mí, esa ceremonia era más que un mero trámite académico; simbolizaba el cierre de un ciclo que siempre había soñado compartir con él. Su ausencia no solo me hirió, sino que me dejó claro que nuestra relación estaba más fracturada de lo que podía haber previsto.



Finalmente, cuando llegó el día en que decidí cortar la comunicación, fue con un profundo sentido de pérdida. Al mismo tiempo, una sensación abrumadora de liberación inundó mis pensamientos. Me di cuenta de que, a pesar del cariño que aún albergaba en mi corazón, había tomado la decisión de priorizar mi paz ante el peso de un vínculo que nunca se había constituido como un refugio.

En conclusión, cada uno de estos momentos fue como un ladrillo que se iba añadiendo a la construcción de un muro entre mi padre y yo. A través de la tristeza, el miedo y el inevitable desencanto, pude ver con claridad que la ruptura no fue un evento aislado, sino la suma de experiencias y decisiones que, al final, dictaron el desenlace de lo que alguna vez fue una relación llena de sueños compartidos.



5. Reflexiones finales sobre el amor, el perdón y el duelo

A lo largo de nuestra vida, las relaciones que construimos, especialmente con nuestros padres, juegan un papel crucial en nuestro desarrollo emocional y psicológico. En el caso de una relación marcada por el dolor y el conflicto, como la relación que tuve con mi padre, es inevitable que surjan reflexiones profundas sobre lo que significa el amor, el perdón y el duelo.

El amor, en su forma más pura, debería ser incondicional. Sin embargo, a menudo nos encontramos con amores condicionados por expectativas, decepciones y heridas no resueltas. En mi infancia, mi amor hacia mi padre era inocente y lleno de admiración, pero a medida que crecí, ese amor se vio ensombrecido por los conflictos y las carencias afectivas. Esta transformación del amor puede ser desgarradora; pasamos de la adoración a la frustración, y muchas veces, a la tristeza. Reflexionar sobre esta evolución me ha hecho comprender que, aunque el amor puede cambiar con el tiempo, nunca deja de ser parte de nosotros. Aunque la relación se desgastó, el amor que sentí en esos primeros años fue genuino y válido; es un recordatorio de lo que una vez fue y de los anhelos que nunca se cumplieron.

El perdón, entonces, se convierte en uno de los temas más complejos. Al reflexionar sobre el perdón, se presenta la pregunta: ¿es posible perdonar en profundidad a alguien que ha contribuido al sufrimiento emocional? La



verdad es que perdonar no significa olvidar o condonar el dolor que se ha sufrido. En mi experiencia, perdonar ha sido un viaje personal hacia la liberación emocional. He aprendido que el perdón es un regalo que me doy a mí mismo, más que a la otra persona. Es un acto de liberación que me permite soltar el rencor y avanzar. Por ejemplo, al recordar momentos difíciles, he tratado de entender la perspectiva de mi padre, sus luchas y sus limitaciones. Esta empatía ha sido clave en mi proceso de perdón, un componente necesario para sanar viejas heridas y liberar las cadenas que mantenían mi corazón atado al sufrimiento.

Y en el contexto del duelo, fue necesario confrontar no solo la pérdida de la relación, sino también la muerte de la imagen idealizada que tenía de quien debería ser mi padre. El duelo no solo se manifiesta ante la pérdida física, sino también en las relaciones que se deterioran. La incapacidad para comunicarnos, los resentimientos acumulados y la falta de conexión emocional pueden llevar a una especie de muerte simbólica en la relación. Aprender a lidiar con el duelo en esta forma ha sido un proceso arduo, pero enriquecedor. Aceptar que las relaciones no siempre funcionan como esperamos es parte esencial de nuestro crecimiento. En ocasiones, el duelo puede abrirnos a nuevas oportunidades para crecer, reconstruir la conexión con nosotros mismos y aprender a amar más plenamente.

A través de esta experiencia, me he dado cuenta de que el amor, el perdón y



el duelo no son entidades aisladas, sino más bien procesos interrelacionados que marcan el camino hacia la recuperación emocional. La aceptación de mi historia, con sus múltiples matices, me ha permitido acercarme a un estado de paz interior. La pérdida de esa conexión con mi padre me dejó un legado de enseñanzas profundizadas en el dolor; sin embargo, también me permitió aprender sobre la resiliencia, la empatía y, sobre todo, la importancia de amar de manera más consciente.

Hoy, al mirar hacia atrás, comprendo que cada uno de estos aspectos no solo forman parte de mi historia personal, sino que reflejan una experiencia común en muchas vidas. Tal vez, este sea el mayor regalo que podemos encontrar en medio de nuestras heridas: el entendimiento de que, aunque la vida nos presente desafíos y sufrimientos que parecen insuperables, siempre hay espacio para el amor, el perdón y la sanación.

Más libros gratuitos en Bookey



Escanear para descargar



Bookey APP

Más de 1000 resúmenes de libros para empoderar tu mente

Más de 1M de citas para motivar tu alma

Escanear para descargar

